

## DIOS HA HABLADO

HEBREOS 1:1, 2a

*«Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...»<sup>1</sup>*

Desde el primer momento, desde la primera palabra, el autor centra nuestro pensamiento en Dios y su comunicación con el hombre. Es Dios quien toma la iniciativa en la revelación, y por lo tanto en nuestra salvación. Dios ha hablado.

Ahora bien, lo primero que el autor quiere que entendamos acerca de la revelación de Dios es que fue dada en dos momentos distintivos de la historia, los que él llama «en otro tiempo» (v. 1) y «en estos postreros días» (v. 2). El autor vivía en una época cercana al ministerio terrenal de Jesús. Probablemente había nacido y crecido en aquel «otro tiempo». Había vivido la transición entre aquellas dos dispensaciones divinas. Para nosotros, en cambio, tanto los tiempos de los profetas como la época de Jesús pertenecen a siglos lejanos. Aun así necesitamos recordar la importancia de la diferencia entre los «dos tiempos». En este estudio, pues, examinaremos el contraste entre las dos revelaciones, la antigua de los tiempos proféticos, y la nueva de Jesucristo.

### LA REVELACIÓN DE DIOS EN EL PASADO

#### DIOS.

“**Dios**”. Sin preámbulo alguno el escritor abre la epístola en forma abrupta, dando por sentado la existencia de Dios y la realidad de una revelación en una afirmación categórica, como algo a ser probado. Hebreos es uno de tres libros de la Biblia que comienzan con Dios: Génesis, revelando su poder; Juan, haciendo escuchar su voz; Hebreos, contemplando y admirando su persona.

En el versículo 1, el autor describe la revelación antigua por medio de siete pequeñas frases que la definen con gran concisión y exactitud. Vamos a verlas una tras otra.

#### **La primera es sencillamente la palabra «Dios».**

Dios es la primera realidad en la vida y, por supuesto, lo es en la revelación. Digo «por supuesto», pero esta afirmación no parece ser entendida por los sociólogos y antropólogos. En contraste con la Biblia, casi cualquier libro secular de hoy que investigue el «fenómeno religioso» empieza con el hombre, no con Dios. Su enfoque es antropocéntrico. La religión es percibida como el dechado de las aspiraciones del ser humano, la proyección de sus necesidades emocionales y filosóficas. El hombre necesita justificar su existencia, por lo cual se inventa una religión; se siente solo en el universo, por lo cual se inventa un dios. En el campo secular se da por sentado que la religión empieza con el hombre, sale del hombre, sirve al hombre y sólo tiene validez en la medida en que es útil para el hombre. El que la religión en cuestión sea verdadera, o el que Dios sea real, no entra en su perspectiva.

La Biblia, en cambio, siempre parte de Dios como primera causa. «De él, y por él, y para él, son todas las cosas» (**Romanos 11:36**). Pensemos en **Génesis 1:1**: «En el principio creó *Dios* los cielos y la tierra»; o en **Juan 1:1**: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Y ahora en Hebreos leemos: «Dios, habiendo hablado». Ni el autor de Hebreos ni los demás autores bíblicos se detienen para intentar demostrar la existencia de Dios. Sencillamente la presuponen. Dan por sentado que la manera en la que Dios se comunica con el ser humano, interviene en la historia e interpreta aquellas intervenciones en su revelación a los profetas, es evidencia suficiente para cualquiera que esté dispuesto a considerarla. Quizás también sobrentienden que la existencia de Dios jamás puede ser demostrada —ni tampoco negada— por argumentos filosóficos y debates teóricos. Dios, por así decirlo, es la gran premisa de la Biblia.

Así pues, cuando el autor de Hebreos empieza a hablarnos de la revelación divina, no nos habla del «sentido religioso del ser humano», ni tampoco nos describe la diversidad de formas religiosas que ha habido en diferentes culturas, ni centra nuestra atención en lo humano. Su punto de partida es radicalmente diferente. Es bíblico y cristiano. Su manera de ver las cosas empieza con Dios mismo.

Si queremos entender la vida lo primero que debemos saber es que existe un solo Dios y que este Dios verdaderamente se ha comunicado con el hombre. «Él está allí y no está callado». Él es un Dios cuyo carácter (o «nombre», para utilizar la palabra bíblica), persona y obra han sido revelados por Él mismo.

Conviene considerar que nuestro texto tampoco empieza: «Los dioses, habiendo hablado...» Dios es uno y único. Por lo tanto, los demás seres que pasan por dioses no lo son. O bien son manifestaciones de demonios, o bien son creaciones («proyecciones», para volver al lenguaje sociológico) del ser humano, creadas a su misma imagen conforme a sus propios deseos y pasiones.

El Dios del que el autor de Hebreos nos habla es el Dios que se reveló «a los padres»; es decir, el Dios que habló a Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, etc. Es el Dios, por lo tanto, que se reveló como Jehová (o más exactamente Yahvé), el «Yo soy el que soy», cuya existencia trasciende todo conocimiento nuestro y cuya realidad se escapa de toda definición expresada en los términos finitos de nuestro vocabulario humano, por lo cual hemos de conocerle por «Aquel que es». Puesto que Él es quien da origen a todas las demás realidades, y puesto que nosotros somos una de ellas, no podemos alcanzarle ni envolverle para poder comprenderle y describirle.

No se trata, pues, de una deidad cualquiera. Hebreos, por así decirlo, nos habla de un Dios con nombre y apellidos. «Yo Jehová», dice a Isaías; «éste es mi nombre» (**Isaías 42:8**). Es el Dios de los padres. Es igualmente el Dios que habla por medio del Hijo, Jesucristo. Por lo tanto, es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Aparte de Él no hay otro. No compartirá su gloria con otros, ni admite que el hombre le confunda con los supuestos dioses de otras religiones. Es el Dios que ha hablado, que se ha manifestado de una manera inconfundible, clara y definida. Y es el único Dios, de manera que todo ser espiritual, adorado por la religión que sea, que no se ajuste total y absolutamente a las características que Dios mismo ha revelado, no es, ni puede ser, divino.

Este Dios único e inconfundible es el comienzo de todo, el Alfa y la Omega tanto de la creación como de la revelación. La revelación no es una iniciativa humana. Los escritos del Antiguo Testamento, aunque redactados por hombres, no son una obra meramente humana. No reflejan las «aspiraciones religiosas del pueblo hebreo», ni su «creatividad espiritual»,

sino que son mensajes divinos dirigidos a Israel. Proceden de Dios. Ellos dieron origen al pueblo hebreo, no viceversa.

Hace unos momentos mencionábamos tres textos: Génesis 1, Hebreos 1 y Juan 1. Es posible matizar más aún la relación entre ellos. Todos empiezan con la realidad de Dios: Génesis nos revela a Dios como Creador de todo; Hebreos como el que ha tomado la iniciativa en la revelación; y Juan 1 combina los énfasis de Génesis y Hebreos y revela a Dios como aquel que da origen tanto a la creación como a la revelación. El Evangelio de Juan, escrito después de Hebreos, recoge las ideas de los dos textos anteriores y nos enseña que el «Verbo» no sólo constituye la suprema *revelación* de Dios («A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» v. 18), sino que también fue a través de él que Dios realizó la *creación*.

El origen de todo está en Dios. Él es la primera causa. ¡Qué apropiado, pues, que la primera palabra de nuestra epístola sea «Dios»!

### «Habiendo hablado»

**En segundo lugar**, Dios ha hablado. El Dios del que estamos hablando no es una fuerza impersonal. No es una abstracción o energía. Solamente una «persona» tiene la capacidad de hablar y de comunicarse. Dios, al hablar, se revela como un ser personal.

Dios es un ser personal que se comunica con el hombre. Aquí tampoco el autor se detiene a defender sus ideas. Él da por sentado, igualmente, la idea de la revelación de Dios. El que Dios haya hablado es un hecho claro y contundente, asumido tanto por él como por sus lectores. Dios no se esconde de su creación. No se comunica sólo con los seres espirituales. El Dios verdadero no se calla, sino más bien se deleita en revelarse y relacionarse con nosotros.

### «Muchas veces»

**En tercer lugar**, el autor nos dice que Dios ha hablado *repetidamente*. Una cosa está bien clara si leemos el Antiguo Testamento: vez tras vez Dios habla. En el Pentateuco, constantemente leemos: «Y dijo Dios». En los libros proféticos: «Así dice el Señor». Dios habla a lo largo de la revelación del Antiguo Testamento. Habla a Adán y Eva; habla a Caín; habla a Noé, Abraham, Isaac, Jacob. Habla a Moisés y Josué. Habla a David y Salomón. Habla a una larga lista de profetas, comenzando por Samuel. Desde luego Dios ha hablado muchas veces.

Sin embargo, esta misma frase se podría traducir: «en muchas porciones» o «en muchas partes». Comprendida así, da a entender que Dios ha hablado en distintas etapas. No todo el mensaje de la revelación de Dios fue dado en el mismo momento. La revelación del Antiguo Testamento es progresiva. Es como si Dios dijese una palabra y luego diese tiempo para que los seres humanos pudiesen digerirla bien antes de comunicar otra. Así, paulatina y progresivamente, Dios iba revelándose a lo largo de los siglos. Pero al ser progresivo, el mensaje del Antiguo Testamento necesariamente era parcial y fragmentario. Dios revelaba a uno una cosa, a otro otra. Ninguno recibió *toda* la revelación. Es como si a lo largo del Antiguo Testamento se hubieran ido formando las piezas del puzzle. Pero, como veremos en el versículo 2, sólo fue en Jesucristo que todas las piezas ocuparon su lugar definitivo para revelarnos el cuadro completo. Por lo tanto, la revelación del pasado fue de inspiración verdadera, de origen divino; pero incompleta, parcial, dada progresivamente, a trozos.

### «Y de muchas maneras»

**En cuarto lugar.** Si la frase anterior nos ha hablado de la naturaleza repetida de la revelación del Antiguo Testamento, ahora vemos su naturaleza *multiforme*. Dios ha hablado de *muchas maneras*. A veces por medio de sueños, a veces por una inspiración profética o intuición interior, a veces mediante una voz audible. Había muchas «maneras» en su comunicación. Dentro de esta variedad no debemos olvidarnos (porque nuestra Epístola no se olvidará) de los símbolos y tipos, patrones, metáforas e imágenes del Antiguo Testamento, especialmente del culto levítico. Tampoco debemos olvidar las diversas formas literarias en las que los escritores del Antiguo Testamento vertieron la revelación divina: poesía y prosa, discursos y sermones, leyes y refranes, narración histórica y apocalíptica. Asimismo debemos recordar la diversidad del carácter y de la cultura de los hombres que recibieron la revelación.

Así pues, no sólo había variedad en el contenido de la revelación, que llegaba paulatinamente, sino también en su forma. Es como si en el Antiguo Testamento la luz de Dios quedase fragmentada a través del prisma de los diversos hombres que la recibieron, de modo que cada uno refleja un color diferente; en cambio Jesucristo reúne en sí todos los colores y produce la luz resplandeciente de la revelación de Dios.

Lo importante para nuestro autor, sin embargo, es que, por medio de esta gran variedad, sigue siendo Dios el que habla.

### «En otro tiempo»

**En quinto lugar** Dios habló «en otro tiempo». Lejos de negar la validez del mensaje del Antiguo Testamento, el autor de Hebreos ratifica su origen divino. Cuando dice que Jesús es la revelación de Dios por excelencia, no niega en absoluto el carácter divino de las revelaciones anteriores. Aquí tenemos un claro respaldo de parte del Nuevo Testamento de la fiabilidad, inspiración, autoridad divina y naturaleza sagrada del Antiguo.

Las Escrituras son Palabra de Dios, y hemos de aceptarlas y escucharlas como tal. Pero, dice el autor, aquella revelación fue para otro tiempo. Los tiempos avanzan y nosotros ahora estamos en los «postreros días». El mensaje del Antiguo Testamento era un mensaje absolutamente válido para su tiempo.

### Nota explicativa

Pero ahora ha venido una nueva revelación. Ésta no contradice la anterior, pero la «cumple». El mensaje del Antiguo Testamento queda absorbido dentro del Nuevo y debe ser entendido conforme a la luz mayor de la nueva revelación.

Según los expertos, en griego la frase «otro tiempo» indica cierta distancia; se refiere a un tiempo ya un poco lejano. De hecho, desde los tiempos de Malaquías, hacía unos cuatrocientos años, no había habido revelación por los profetas. Por lo tanto, el autor de Hebreos, escribiendo en el primer siglo, puede decir: Hermanos, ¿os acordáis de que en otro tiempo, ya hace siglos, Dios hablaba a nuestros padres? Bien, ahora Dios ha vuelto a hablar en nuestro tiempo y su nueva palabra es para nosotros. En absoluto niega la

Dios ha hablado

naturaleza divina de la revelación anterior, pero indica que aquélla queda supeditada ahora a la nueva Palabra de Dios para la época que ha llegado en el Señor Jesucristo:

### «A los padres»

**En sexto lugar** Dios habló «a los padres». No creo que la frase se refiera, como en otras ocasiones, sólo a los patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob), sino a todos los antepasados de los lectores hebreos. Dios dirigió su palabra a todos los israelitas desde Abraham (y aun antes) hasta Malaquías. Los judíos tuvieron el privilegio de ser los depositarios de «la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas» (**Romanos 9:4**).

Quizás el autor emplea la frase «nuestros padres» con un sentido biológico, refiriéndose al hecho de que sus lectores son descendientes de Jacob.

(ver **1 Corintios 10:1**)

### Nota explicativa

"Dios". El mismo que habló para dar la revelación del Antiguo Testamento es quien ha hablado para dar la del Nuevo. El Autor de los dos es el mismo Dios. --"en otro tiempo", literalmente, en tiempos antiguos. Probablemente se hace referencia al tiempo entre Abraham y Malaquías. --"muchas veces". Más bien, como dice la versión Hispanoamericana, "en muchas porciones", o en muchas partes. Gradualmente y en fragmentos Dios les iba revelando su voluntad. (Compárese **Isa-28:10**).

### «Por los profetas»

**En séptimo lugar** Dios habló «por los profetas». Éstos eran la agencia humana de la revelación divina. Ninguno de ellos pretendía inventar su propia doctrina, ninguno hacía alarde de sus propias intuiciones religiosas, ninguno se atrevía a ser «creativo» en estas materias, porque las tenían por sagradas. En cambio, todos pretendían haber recibido su mensaje de parte de Dios y se veían a sí mismos como simples portavoces de una voluntad.

## LA REVELACION DE DIOS EN JESUCRISTO

Dios, pues, ha hablado en otro tiempo. El autor escribe a lectores hebreos que tenían aquella Palabra como su gloria nacional. Era motivo de suprema satisfacción para ellos que Dios los hubiera elegido para ser el objeto de su revelación. Pero, dice el autor, si vuestro privilegio en el pasado era maravilloso, pensad que lo que ahora tenéis es mucho más maravilloso aún.

En el versículo 2 dejamos atrás el pasado y procedemos a la nueva (y definitiva) revelación de Dios en Jesucristo. El autor se expresa con palabras que indican por un lado un principio de continuidad con respecto al mensaje del Antiguo Testamento, y por otro lado un principio de contraste. La continuidad radica en que es el mismo Dios el que sigue hablando. Los cristianos no han inventado una nueva deidad ni un nuevo mensaje. Hay un sólo Dios verdadero, el que siempre ha existido. El mismo Dios que hablaba tan claramente en el pasado, ahora vuelve a hablar en Jesucristo.

Después de cuatrocientos años de silencio, nos llega otra vez la voz de Dios. Y evidentemente esta nueva revelación no será inferior a la anterior. Su superioridad se ve precisamente en que es una revelación posterior. Si hace falta una nueva palabra es porque la anterior quedaba corta.

En todo esto vemos un principio de continuidad. Es el mismo Dios quien habla en ambas revelaciones, y la una es incompleta sin la otra. Pero, por otro lado, el autor señala un contraste entre las dos revelaciones. Pertenecen a diferentes momentos: ya no se trata de un período en el pasado, sino de una nueva época, los «postreros días». Los oyentes son diferentes: ya no son los padres de antaño sino nosotros mismos. Y sobre todo el medio por el cual Dios nos habla es diferente: antes hablaba por medio de los profetas, ahora habla por el Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Es decir, el autor afirma y defiende el origen divino de los dos Testamentos, pero lo hace de tal manera que deja patente la primacía del Nuevo.

### «En estos postreros días»

1:2 -- "en estos postreros días". Más bien, como dice la versión Hispanoamericana, "al fin de estos días", que significa al fin de los días de la dispensación mosaica, cuando entró Jesucristo en el mundo. Se refiere al ministerio personal de Cristo en la tierra. "Finalmente les envió su hijo", [Mateo-21:37](#).

El primer punto de contraste lo encontramos en la primera frase. Dios había hablado «en otro tiempo», pero ahora habla «en estos postreros días». O más literalmente, **«al final de estos días»**.

**Aplicación;** Con esta frase el autor indica que la revelación por medio del Hijo es la palabra final de Dios, por cuanto corresponde al período «final» de la historia humana.

### La versión “Latinoamericana” traduce así

[Heb 1:2](#) *hasta que en estos días, que son los últimos, nos habló a nosotros por medio de un Hijo, a quien hizo heredero de todo, ya que por él dispuso las edades del mundo.*  
(Latinoamericana)

Hemos entrado en los «postreros días», un período comprendido entre la primera venida del Señor Jesucristo y su retorno en gloria. Con la llegada del Mesías, ha comenzado a manifestarse la era venidera, la que Pablo llama «el cumplimiento del tiempo» ([en Gálatas 4:4](#)) o «la dispensación del cumplimiento de los tiempos» ([en Efesios 1:10](#)). Por lo tanto, debemos recordar que cuando la Biblia habla de los «últimos días», no se está refiriendo a años que aún quedan en el futuro, ni a un período que vendrá justo antes de la segunda venida de Jesucristo, sino a todos los años que van desde la primera venida hasta la segunda. Por esto el apóstol Pablo puede afirmar que nos «han alcanzado los fines de los siglos» ([1 Corintios 10:11](#)). Y nuestro autor ([en 9:26](#)) dice que con la venida de Cristo ha llegado «la consumación de los siglos». La consumación de los siglos no es una fecha que aún queda por venir. Ya ha llegado.

En otras palabras, los «postreros días» constituyen el período intermedio en el cual nuestra redención «ya» ha sido potencialmente realizada pero «todavía no» ha sido

consumada. Es el espacio de la misericordia y paciencia de Dios, en el cual está abierta de par en par la puerta de la salvación (2 Pedro 3:9). Es el tiempo entre la primera y la segunda venida de Jesucristo. Éstos son los postreros días. Empezaron cuando el Hijo anunció el mensaje definitivo de Dios, y acabarán cuando el Hijo vuelva por segunda vez para salvar a los que le esperan (9:28).

### **Nota explicativa.**

#### **Efesios 1:10**

**1:10** -- "de reunir todas las cosas en Cristo", la cabeza, 1:21-23; Col\_1:15-20.

-- "dispensación", administración, mayordomía, 3:9; 1Co-9:17. El plan usado por algún mayordomo para administrar ciertos negocios. Esta palabra significa aquí el plan o la economía por la cual Dios administra su voluntad en los "últimos días", la época o el período del evangelio de Cristo. Frecuentemente se usa la expresión, "dispensación cristiana", para distinguirla de la "dispensación mosaica"; esta última iba a durar hasta el "tiempo de reformar las cosas" (Heb-9:10).

-- "cumplimiento de los tiempos", el tiempo escogido por Dios ("el tiempo señalado por el padre", Gál-4:2), el tiempo más oportuno y apropiado para enviar a su Hijo. "El tiempo se ha cumplido", dijo Juan, Maros 1:15. No habrá otra época o dispensación; vivimos (desde el día de Pentecostés) en los "postreros" o "últimos" días (Hch-2:16-17; Hebreos 1:1-2; 1Pedro 1:20; 1Jn-2:18).

-- "en los cielos... en la tierra", Filipenses 2:9-10; Mateo 28:18. Dominio universal.

### **«Nos ha hablado»**

El segundo punto de contraste está en aquellos que reciben la revelación de Dios. Antes Él había hablado a los padres, ahora nos ha hablado a *nosotros*. Por supuesto, este «nosotros» se refiere en primer lugar al autor y a los primeros lectores hebreos, descendientes según la carne de los «padres» del versículo 1. Sin embargo, el «nosotros» no sólo se hace extensivo a cualquier hebreo que leyese esta epístola, sino a cualquier cristiano, sea judío o gentil. Dios nos ha hablado a todos por medio de su Hijo, por cuanto los creyentes gentiles también somos hijos de Abraham por adopción en Jesucristo.

El mensaje de Jesucristo es final y completo al menos por dos razones. En primer lugar por la calidad del mensajero. Dios no nos ha enviado un mensajero más, sino que Él mismo ha tomado forma humana para revelarnos su mensaje. En segundo lugar, porque el mensajero es el mensaje. El Hijo es en sí el Verbo. Quien le ha visto a Él ha visto al Padre. Luego no puede haber expresión más perfecta de la revelación de Dios que la que encontramos en el Señor Jesucristo. La revelación no está solamente en sus palabras, sino también en su misma persona. Precisamente Hebreos investigará más la persona de Jesucristo que sus palabras. Nosotros, pues, tenemos el privilegio de vivir en un tiempo en que no sólo recibimos un mensaje de parte de Dios, sino que además conocemos a Dios en el mismo mensajero. En palabras de Pedro:

*«Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó» (2 Pedro 1:3).*

### «Por el Hijo»

En realidad ya hemos empezado a considerar el tercero, y más importante, de los puntos de contraste: Dios no nos habla ahora por los profetas, sino por su Hijo. De hecho este contraste es de tanta importancia que conduce al autor en los versículos siguientes a toda una reflexión sobre quién es el Hijo de Dios.

Con respecto a esta frase el texto griego es más específico y exacto que las traducciones modernas. Literalmente no dice «por el Hijo», sino «**por Hijo**» o «**en Hijo**». Aquí hay un nuevo contraste con el versículo 1: Dios ha hablado «por los profetas» y «**en Hijo**». La omisión del *artículo*, aunque es un detalle pequeño, tiene su importancia. En la nueva dispensación Dios emplea un nuevo lenguaje. También es el lenguaje de Dios. Él es la Palabra de Dios en sí. Dios nos habla «**en Hijo**». Es como si el texto dijera: «**Dios nos ha hablado como Hijo**», o «**en forma de Hijo**». Jesucristo no es sólo el mensaje de Dios encarnado, sino Dios mismo encarnado. Dios nos habla en Jesucristo, no sólo por medio de sus palabras, sino también a través de su vida, sus actos y supremamente (como veremos en Hebreos) a través de su obra propiciatoria. Con nuestra traducción, «por el Hijo», el texto nos da la impresión de que la comunicación de Dios por medio del Hijo y de los profetas es esencialmente la misma. Pero «**en Hijo**» nos habla de la encarnación, de la presencia de Dios mismo en Jesucristo, de que Jesucristo no es sólo un canal utilizado por Dios para su comunicación, sino que es Dios mismo manifestado «en forma comunicable», de una manera comprensible para los hombres. Jesucristo no es sólo un hombre inspirado por Dios, sino una persona divina que nos habla.

Aquí está el meollo del contraste entre el mensaje de antes y el de ahora. En ambos casos Dios habla. Pero ahora el mensaje no es sólo perfecto por ser definitivo sino por el vehículo de su transmisión. En el Hijo es Dios mismo quien nos habla directamente. Jesucristo no es un portavoz humano que, por recibir un mensaje especialmente significativo o por tener un oído especialmente afinado al mensaje de Dios, merece ser considerado algo más que un profeta. No es un ser humano cualquiera al que por sus méritos y vida santa Dios haya elegido para elevarle a un rango superior al de los profetas. Es Dios mismo en forma humana. Cuando los padres escuchaban a los profetas, estaban en presencia de hombres, hombres pecadores, hombres limitados, aunque utilizados por Dios para transmitirles el mensaje. Cuando nosotros escuchamos a Jesucristo, ciertamente estamos en presencia de un hombre por cuanto Él se hizo verdadero hombre, pero estamos en presencia de algo más: de Dios mismo.

Y éste es el tema que ahora el autor nos explicará más ampliamente.

Por Israel González Zúñiga